

*Cuidados paliativos*

José Antonio Llera

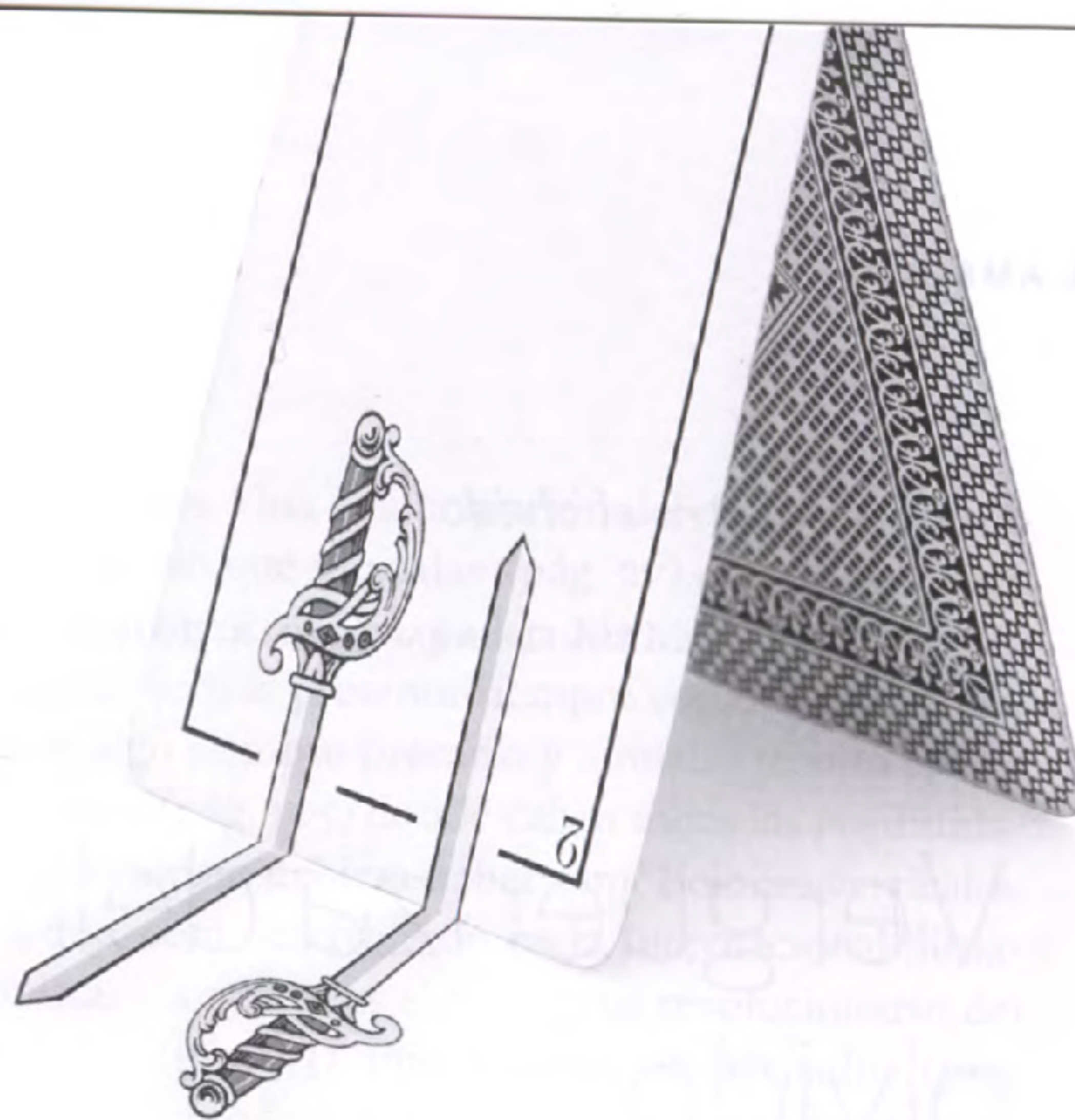
PEPITAS DE CALABAZA: LOGROÑO, 2017

172 PÁGS.

## Extraor(di)n(ario)

Por Eduardo Moga

Los diarios, cuando son buenos, están mucho más cerca de la vida, son más vida, que cualquier obra de ficción, por brillante que esta sea. La literatura importa en la medida en que nos permite intensificar la conciencia, experimentar con mayor hondura el dolor y la maravilla de vivir: sentir más, ser más. Con *Cuidados paliativos*, ganador del XXIII Premio Café Bretón & Bodegas Olarra, el poeta y ensayista José Antonio Llera (Badajoz, 1971) consigue despabilar la conciencia mortecina con una sucesión de apuntes sin ubicación ni fecha, de extensión variable (desde el equivalente diarístico del monástico, una frase: «Más Heráclito y menos Prozac», hasta apuntes de varias páginas), sostenidos por un fuerte espinazo crítico, un no menos vigoroso espíritu lírico y una prosa afilada, elegante y expresiva. La falta de datación, el mero sucederse de las entradas —sólo agrupadas en una sección liminar y seis partes sin título, que quizá correspondan a seis años—, las sitúa en un espacio ambiguo, felizmente indeterminado, en el que pueden leerse como crónica e incluso como relato, pero también, a veces, como poema en prosa. Los temas en los que Llera pone el foco —aquellos de lo que quiere hablar, porque el diario no obliga a contar todo, ni siquiera a ser sincero— son múltiples. Una parte importante está dedicada a la rememoración autobiográfica, con escenas de una infancia recordada, para su nostalgia o (regocijada) deploración. Otra se ocupa de la reflexión sobre la literatura y sobre el mundo de la literatura, que es una cosa muy distinta, con juicios siempre personales e iluminadores: «¿La poesía de Paul Celan? Un butrón en lo más difícil de la piedra, en el lóbulo que no se ve, y acupuntor». Otra, en fin, ausculta la realidad inmediata, la cotidianidad, si se quiere, de alguien que trabaja, y tiene familia, y ve la televisión, y va al cine, y le gusta el baloncesto: la panoplia de observaciones es aquí amplísima y sorpresiva. Reducen —o represan— la heterogeneidad de este caudal de anotaciones dos rasgos estilísticos. El primero es el impulso poético —el último libro de versos de José Antonio Llera es *Transporte de animales*



*vivos*, de 2013—, que impregna muchas entradas de una polisemia y una potencia insólitas. Pero no se trata sólo de que lo poético cincele la dicción; es que todo *Cuidados paliativos* aparece punteado de analogías perturbadoras, de radicalidad lingüística, de afán transgresor: «Todo lo que no puede ser, lo imposible, lo que se desnuda y se cierra, eso que nos da la mano, niña en el bosque que nos conduce al cadáver de Rilke, moscas sobre sus bigotes rubios, moscas que juegan a un arte adivinatorio desconocido. Y no pudo ser la parra de las uvas verdes, porque lo imposible se ha parado en medio de las peluquerías y los bingos, en mitad del látex y de la fortuna. Si lo posible llevara máscara o tachuelas, me vestiría de soldado eterno». Por otra parte, Llera gusta de la ironía y, en ocasiones, se da a la sátira —su interés por la comicidad se ha plasmado en sendos estudios sobre el humor en *La Codorniz* y en la obra de Julio Camba—. El humor recorre *Cuidados paliativos*, aun sus entradas más melancólicas, que son muchas, pero nunca se desborda: cierta retranca anglófila, cierto pudor sutil, impiden el exceso. Escribe, por ejemplo: «Hace unas semanas, en la cafetería de la UCM, me topé con el que fue mi profesor de Filosofía en la Universidad de Extremadura, Isidoro Reguera [...]. Tenía un color saludable, como de codillo alemán. Es de agradecer que no haya terminado como Javier Sádaba». Las palabras de Llera siempre parecen las más adecuadas para decir lo que dice, y ese es un indicio inequívoco de calidad. Hay un esfuerzo —pero un esfuerzo ingrátido, natural— por proscibir toda cartilaginosidad, por que la imprecisión y la flaqueza no minen un pensamiento coagulado en palabra. Uno lee este diario y *ve* lo dicho. La exactitud repuja la idea hasta casi lo insoportable. Pero es una insoportabilidad hipnótica. La verdad de una existencia única, sangrante, asombrada, se nos viene encima como un alud de alfileres. Y, clavándonos, nos vivifica.